

El crimen de Alcàsser

Sergio Mira Jordán

A Miriam, Toñi y Desirée,
a sus familias y a sus amigos.

Así nada hay oculto que no haya de ser descubierto,
ni escondido que no haya de ser conocido y de salir a la luz.

Lucas, 8, 17

Quaerendo invenietis.

Capítulo 1

Salida de prisión

Ese corpulento hombre, grueso incluso, se parece poco al enclenque muchacho de veintitrés años, de pelo rubio ceniza y pómulos marcados, que abrió telediarios allá por los 90. Se esconde bajo una capucha negra que le impide caminar tres pasos seguidos sin tener que pararse y volver a retomar la marcha. Se parece poco; pero es el mismo, sin duda.

La última imagen que todos tenemos de Miguel Ricart Tárrega nos retrotrae al juicio por el secuestro, tortura, violación y asesinato de Miriam, Toñi y Desirée, las tres niñas de Alcàsser. Entonces, sus camisas amplias, livianas, de dudoso estilo aunque a la moda de aquella época; el pelo cortado a cepillo y, sobre todo, esa mirada y esa carita de no haber roto nunca un plato ya habían recorrido periódicos, noticiarios y platós de programas de debates durante años. Y se quedaron grabadas a fuego lento en la retina de un país que lloraba de rabia e impotencia cada vez que se paraba a imaginar lo que tuvieron que sufrir esas tres muchachas que tenían entre catorce y quince años.

Esa misma mirada de ojos azules recorre, aquel 29 de noviembre de 2013, el tramo de asfalto gris que separa la cárcel del vehículo que le espera. Lleva unos vaqueros y una cazadora blanca tipo *bomber* en la que puede leerse «Freedom» (por delante y por detrás, en letras grandes de esa caligrafía preciosista que gastan las marcas de ropa que llevan los *bakalas*) y «Best wishes». Pero sobre todo destaca, a modo de capucha, el gorro negro de lana, calado hasta las cejas, y la bufanda del mismo color subida más arriba de la nariz. Como si fuera un pasamontañas. Es posible que, ya que se niega a responder a cualquiera de las preguntas que le hacen la veintena de periodistas que le

atosigan mientras anda, haya optado por esconder un par de ideas clave en esa cazadora. Sí: está en libertad. Y, vale, nos desea lo mejor. A todos: a los periodistas que pasan frío junto a la cárcel ciudadrealeña de Herrera de la Mancha, a los que ven sus prisas en directo, a los que las verán después, a quienes compartirán el vídeo de su excarcelación hasta la extenuación y lo retuitearán hasta convertir su nombre en *trending topic*.

Para alguien que ha cambiado su versión de los hechos tantas veces, que se ha exculpado e inculcado de esos atroces crímenes de la noche a la mañana, o que ha llegado a decir que lo que les hicieron (así, en tercera persona) a esas niñas no tenía perdón de Dios, el hecho de enviar mejores deseos en un escueto mensaje en el pecho de su cazadora, apretada bajo un torso que adivinamos esculpido en el gimnasio de la cárcel durante dos décadas de reclusión, podría significar que le estamos otorgando demasiado nivel de entendederas. Demasiado poder de decisión, incluso. Pero, aquí, al igual que en otros muchos aspectos de este caso, en ocasiones nada es lo que parece.

Pasan algunos minutos de las cinco y media de la tarde. Tres horas antes, los cinco magistrados de la Sección Segunda de la Audiencia de Valencia ordenaron su puesta en libertad, obedeciendo a la sentencia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos de Estrasburgo por la que se anulaba la aplicación retroactiva de la doctrina Parot.

Pero nadie ha ido a recoger a Miguel Ricart a la cárcel. Y a la salida ya estaba esperándolo un coche. Otros excarcelados por la anulación de la doctrina Parot tuvieron que llamar desde una cabina y esperar a que viniera algún taxi, pero a Ricart lo aguardaba una muchedumbre de periodistas, ávidos de preguntas. Y, bueno, quizá alguien pensó que también podría haber sido una marea humana, o un solo Jack Ruby vengativo parapetado tras una cámara y un micrófono.

Escortado por un guardia civil, Miguel Ricart llega hasta el Seat Altea que lo está esperando y mete las dos mochilas en el maletero. No, no ha venido nadie a recogerlo. No ha habido reencuentro con su hija (Rosa María, que tiene veintitrés años) después de todo este tiempo. Ni siquiera ha ido su hermana Samantha (antes Encarnación), que se desplazó algunas veces hasta esa cárcel en mitad de la nada, a caballo entre Manzanares y Argamasilla de Alba, en Ciudad Real, para visitarlo.

Volvía a estar solo. Como antes. Como siempre.

Una marea de periodistas espera en la puerta. Le invaden a preguntas y el chasquido de las cámaras es ensordecedor. No obstante, dentro de la cápsula que es esa especie de pasamontañas de color negro, Miguel se siente protegido. El aire helado se le cuele por la estrecha rendija de los ojos, aunque él está sudando. La barba le pica al roce con la lana. Pero no tiene tiempo de rascarse: hacerlo significaría pararse y dejar la mochila y el macuto en el suelo. Y entonces estaría rodeado.

Intenta pensar en otra cosa. Tiene 44 años y es libre. Sabe que su excarcelación puede ser recurrida, pero, de momento, es libre. Camina deprisa, mirando al suelo, guiándose por el estrecho hueco que dejan los pies de los periodistas, hasta llegar al Altea blanco que aguarda con el motor encendido. Apenas puede entrar; parece que alguno de esos buscadores de exclusivas quisiera subirse con él. Reconoce que la expectación es máxima y que, más de uno, si tuviera la ocasión, iría hasta allí para clavarle un pincho en el cuello y luego pegarle dos tiros. Por eso va rápido, sin mirar a nadie.

Cuando la puerta se cierra y el coche retoma la marcha, Miguel espera unos minutos. Luego se quita el gorro de lana y se baja la bufanda. El conductor lo mira a través del espejo retrovisor: tiene los ojos muy azules, de un color rozando el gris, le ha engordado la cara y está colorado. Pero parece feliz; o eso supone al atisbar en el pasajero una tímida sonrisa. Miguel mira por la ventanilla. El paisaje es un erial de campos amplísimos pintados por el atardecer, un inmenso cuadro de tonalidades ocre, el mismo paisaje que se veía desde su chabolo en la cárcel, pero ahora es diferente, claro, porque el punto de vista es mejor. Hasta el aire, aun siendo el mismo que recorría el patio de la prisión, parece diferente.

Le van a llevar hasta la estación de trenes más próxima, en Manzanares. Allí, en un solitario andén, cruzado de brazos y escoltado por siete guardias civiles, espera, de nuevo con el rostro tapado, a que pase el siguiente tren. Uno que va a Jaén, aunque no hará el trayecto completo. Ricart se bajará en la estación de Linares-Baeza, donde un equipo de televisión lo recogerá y lo llevará hasta Madrid para intentar convencerlo de que se someta a una entrevista en un plató. Pero la presión ciudadana obligará a desestimar esa opción y, además, Ricart preferiría antes que le hicieran la prueba del polígrafo. O que le pincharan pentotal sódico.

De Madrid volverá a Andalucía, cinco días después, en un tren AVE con dirección a Córdoba, donde cogerá un tren hasta Barcelona acompañado de un sacerdote y algunos policías de paisano. Allí, en una peluquería china, se rapará el pelo y se afeitará un profuso bigote después de enterarse de que su aspecto actual ya corría por los medios de comunicación.

Y seguirá dando tumbos. Sin ir más lejos, caminando por el arcén de la C-31 la semana siguiente a su excarcelación, el fin de semana del puente de la Constitución, un responsable de seguridad le llamará la atención y él tendrá que salir de la carretera y pasar la noche junto a las vías del tren, en el Maresme (Barcelona). Días después, Ricart volverá a aparecer en Girona. Pero está condenado a esfumarse. Nadie le ha puesto una mano encima. Nadie le ha ofrecido ayuda o amparo. Ni siquiera nadie se le ha acercado. Únicamente un periodista de Telemadrid, que entabló un monólogo que solo se rompió cuando el de Catarroja dijo: «Déjeme en paz; no me moleste». Es unapestado.

La policía le pisa los talones, siguiendo desde la distancia todos sus movimientos. El último, el que hizo el 12 de diciembre de 2013, una semana después de que la Abogacía del Estado presentara un recurso de casación contra su excarcelación: cruzando la frontera y entrando en Francia. Allí continuará su periplo viajero, su viaje a ninguna parte, ya bajo el anonimato y sin la prensa detrás. Vio menos mundo cuando estuvo entre rejas; tan solo cinco cárceles: la valenciana de Picassent, la de Castellón, la pontevedresa de A Lama, la de Zuera (en Zaragoza) y la de Herrera de la Mancha (Ciudad Real), donde pasó la mayor parte de su condena.

Por otro lado, ese inicial viaje por las tierras de España que hizo Miguel Ricart antes de pisar suelo extranjero y desde que salió de la prisión recuerda vagamente al trayecto que siguió su supuesto compañero en los hechos por los que fue juzgado.

Solo que Antonio Anglés, aquel delincuente de tres al cuarto, llevaba a toda la policía y a la guardia civil de un país a dos días de distancia. El aún desaparecido Anglés logró escapar de un cuarto piso que estaba vigilado por la guardia civil, cruzó el país entero y, el 18 de marzo de 1993, casi dos meses después de que dos apicultores hallaran una fosa con los cadáveres de las tres niñas de Alcàsser, se introdujo como polizón en el *City of Plymouth*, un buque mercante que zarpaba rumbo a Dublín, Irlanda.

Y allí se le perdió la pista.

Atravesó el país entero, atracó a algunas personas, dejó bien claro allá donde iba que era Antonio Inglés, hizo sonrojar a todas las fuerzas de seguridad del estado durante semanas, sin dejar ninguna huella aunque olvidando algunas fotografías suyas con aspectos diferentes, llegó a Portugal, se metió en un barco y desapareció para siempre.

En septiembre del 95 apareció una calavera en una playa del sur de Irlanda, en el condado de Cork. Pero, cotejado el ADN con su madre, Neusa Martins, dio negativo. Un año después, una prostituta en Uruguay afirmó reconocer los tatuajes —una dama armada de una guadaña en el brazo derecho y una grácil chinita con una sombrilla en el izquierdo— que llevaba Antonio Inglés en uno de sus clientes, pero la Guardia Civil no pudo dar con ese individuo.

Hoy, más de veinte años después de aquel fatídico viernes 13 de noviembre de 1992 en el que Miriam García Iborra, Antonia Gómez Rodríguez y Desirée Hernández Folch fueron vistas por última vez, el único condenado está fuera de España (y nada supone que quiera volver) y aquel a quien Ricart echó todas las culpas sigue en la lista de los criminales más buscados por la Interpol. Mientras tanto, en Alcàsser, para siempre, como monumento al dolor, estigma cruel de un pueblo que nunca podrá zafarse de la desgracia, siguen las tumbas de las tres niñas. Una al lado de la otra. Como vivieron y murieron. Cerca de la escultura de mármol que, sobre unas manos y con varias palomas echando el vuelo, se alza al cielo y aúpa las figuras de Miriam, Toñi y Desirée. Hacia lo alto. Hacia donde todo se ve más claro. Hacia donde puedan descansar en paz.